

P. Esteban Puig Tarrats
Vice Gran Canciller de la
Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo

UN HOMBRE DE GRAN CORAZÓN

El P. Esteban Puig Tarrats, estuvo en la Prelatura de Yauyos con Mons. Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea desde el año 1959 hasta 1968. A partir de 1970 hasta 1996 fue profesor en la Universidad de Piura, tiempo en el que visitó con frecuencia a Mons. Ignacio en Chiclayo. Desde 1998 es Vice Gran Canciller de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo. Es Licenciado en Educación, Periodista profesional y Master en Historia.

UN HOMBRE DE GRAN CORAZÓN

Me siento confuso y conmovido. Y bien sabe Dios en qué medida!. Tener que hablar ante Uds., en este acto solemne, sobre la persona tan querida y recordada de Mons. Ignacio María de Orbegozo, II Obispo de Chiclayo, me retrae y me emociona a la vez. Su memoria, sus gestos y palabras, su figura, no se borran de mi memoria y, con toda seguridad, a Uds., sus amigos, les sucede algo parecido. El cariño lo grabó a fuego en nuestra memoria y en nuestros corazones.

Agradezco la deferencia que ha tenido Monseñor Jesús Moliné en pedirme que presentara hoy, aquí, ante tan altas Autoridades, amigos y conocidos, la persona de Monseñor Ignacio María de Orbegozo. Muchos de Uds. podrían hablar mejor que yo, pues resulta hermoso y encantador evocar aspectos y matices de su rica personalidad.

Intentaré resaltar en apretada síntesis, algunos aspectos de la personalidad de Don Ignacio, como le llamábamos familiarmente. Puedo hacerlo porque tuve la fortuna -gracia de Dios es- de vivir momentos muy gratos en su compañía y compartir casa, mesa y pan con él por varios años, no sólo en Yauyos y Cañete, sino también en Chiclayo.

Quiero destacar, de entrada, dos rasgos distintivos y peculiares de su persona: era un Pastor abnegado, un Maestro que poseía el difícil arte de enseñar con naturalidad lo que él ya vivía de antemano y un hermano, que amaba con un cariño hondo, humano y sobrenatural a sus sacerdotes, tanto que, todavía hoy, al recordarlo, me produce como un sobresalto de emoción honda. Era un hombre que sabía amar. ¡Un hombre de gran corazón!

Leeré, a modo de marco de referencia, un párrafo de una carta que desde Roma, fechada el 12 de Octubre de 1963, estando Mons. Ignacio en el Concilio, nos escribía. Tenía una memoria privilegiada y podía reproducir textualmente, con prodigiosa fidelidad, las palabras que había escuchado del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei y, a la vez, las asimilaba tan intensamente, que su vida -se notaba a diario- era un fiel reflejo de lo que decía y hacía el Padre, como le llaman sencilla y familiarmente miles de personas de todas partes que le conocieron y encomiendan a su intercesión. He aquí el texto:

"¡Hemos de querer entrañablemente, por encima de los defectos tan humanos de todos, a estos hermanos nuestros más chicos, aquellos que por voluntad de Dios se nos han encomendado: su lucha diaria, su oración, su obediencia, su generosidad, su alegría, su espíritu de sacrificio es nuestra grandeza, nuestro mérito y el derecho, más que esperanza, a nuestra futura gloria! ¡Cuánto os quiero, cuánto os deseo, qué hambres siento de seros útil! Si me queréis de verdad, cuando estéis por esos cuatro rincones del mundo, sabed siempre ser la prenda de este cariño mío por mis hijos: ¡tratádmelos con amor, con comprensión; sabed disculparlo todo, corrigiendo por amor; cuando sea necesario, dad la vida por ellos, poco a poco, cada día, según el heroico espíritu del Opus Dei, en este continuo servir; sed todo de todos, sed el buen Pastor: sabed cargar dulcemente, gozosamente, con la oveja más chica o la que se lastimó". ¿Os dais cuenta, -continuaba D. Ignacio-, cuánto material para mi examen, para mi contrición, para mis buenos propósitos? A mí bien me gustaría saber ser todo esto". Y concluía: "Os envía muchos abrazos, os quiere un montón y os bendice de corazón, este pobrete de vuestro Prelado. Ignacio María"

No conocía a Monseñor Ignacio más que de oídas y, también, por unas diapositivas que el Dr. Onaindía, médico cirujano e íntimo amigo de Monseñor Ignacio, nos mostró en Madrid pocos días antes de embarcarnos. El Dr. Onaindía, -a quien llamábamos por su nombre: Fanfy (Francisco)- seguía contándonos hechos y anécdotas de D. Ignacio y de Yauyos. Nos contaba, por ejemplo, -cosa que me impresionó hondamente-, que, bajando con D. Ignacio de Yauyos en un Jeep, le arrastró un "huaico" al fondo del barranco y que gracias a la reacción rápida y profesional de D. Ignacio le salvó la vida.... Pero prefiero que lo escuchemos del mismo D. Ignacio como se lo contaba -con su peculiar gracejo y buena pluma-, a su hermana Rosario, en carta del 15 de Agosto de 1959.

“Veníamos los dos de Yauyos y a media hora de camino (y siete de Lima) encontramos obstruida la carretera por piedras recién caídas. Nos bajamos a quitarlas y cuando él empezaba con las primeras y yo salía del carro, una nueva avalancha (que él no oyó y por eso lo cogió como estaba) largó un montón de piedras y de ellas una le alcanzó, lo sacó de la carretera y lo tiró rodando como un trapo por un barranco: rodó más de cien metros. Lo encontré (habiéndome tirado en el acto y mientras otra piedra rompía el capó del carro), después de buscarlo veinte minutos, lo encontré deshecho, medio desnudo, ensangrentado de pies a cabeza (sólo en la cabeza tenía más de diez heridas), como un guiñapo. Lo miré, le hice una rápida exploración, una “excursioncilla”, para regresar al carro y... a Lima echando chispas. A la clínica, anestesia, costuras más que a un calcetín viejo, radiografías, etc... ¡A los cinco días en casa, sin un hueso roto, con más golpes que una estera, recosido como caballo de pica, pero sin un hueso roto, no sólo vivo sino coleando, con ganas de chismes y bromas”.

Las diapositivas seguían destellando en la pantalla paisajes imponentes. En una apareció D. Ignacio. Por fin podía ver como era. Estaba sentado sobre la capota del jeep, con pantalón “blue jean”, chompa negra y alzacuello alto blanco. Dije para mi, espontáneamente: “Jesús sentado en la barca”.

Seguían desfilando ante nuestros ojos, quebradas abismales, con el río al fondo como un hilito perdido en una tela arrugada, cumbres altivas con nevados maravillosos, vegetación rala; allá, a lo lejos, parecido a un latigazo en la espalda de un coloso, un caminito zigzagueante de inverosímil trazo y, en el colmo de las sorpresas, avizorar, en lo más alto, colgado, como un nido de águilas, un pueblito con casitas de adobe y techo de “ichu”.... Iba de asombro en asombro.

¿En estas grandiosidades, en estos inhóspitos terrenos, -me preguntaba-, en tales asombrosos parajes, ahí, trabajaba D. Ignacio, el Obispo y los sacerdotes que le acompañaban? Se veía bien a las claras que tal situación era para gente de mucha audacia y el Obispo y los que le acompañaban, debían tener un coraje, una voluntad y un temple a toda prueba.

Conozco bien los mil y un contratiempos y sucesos por los que pasaron en los inicios de la labor en la Prelatura de Yauyos, Huarochiri. No se ahorraron penalidades y sinsabores: terrenos accidentados, distancias larguísimas en horas y horas visitando los pueblos; escabrosas sendas e inseguros pasos socavados en las rocas a ras de precipicios de vértigo; tempestades horrisonas que se desencadenaban en plena puna a cuatro mil metros... Sin embargo, nada les amedrentaba. Soportaron noches al ras en la puna helada abrigados tan sólo por el calor de ovejas y caballos revueltos en un pequeño corral abierto; comidas sin más sazón que el hambre; horas y horas a lomo de bestia, rezando rosarios y cantando canciones; llegar a un pueblo, molidos por la fatiga, irse a descansar y sufrir los destemplados conciertos nocturnos de bandas de música y el griterío de la gente que celebraba la fiesta patronal o, para redondear el asunto, peroratas estentóreas de algunos que, impertinentes, querían llamar la atención a como dé lugar. Horas predicando, confesando, bautizando, casando a parejas que llevaban años conviviendo; visitando enfermos; catequesis con niños, visitas a las escuelas y colegios... perderse en la soledad de la puna inmensa, cruzar ríos a nado o suspendidos en una frágil "oroya"; largas caminatas a pie bajo un sol de justicia... Sin embargo, a pesar de tanto pesar y de tantas contrariedades, decía D. Ignacio en una de sus cartas: *"Y, además, me acuerdo que lo pasábamos muy bien: que disfrutábamos de tantas circunstancias realmente divertidas; que convertimos en bromas el cansancio, el frío y hasta los indispensables magullones. Que nos sobró de todo, porque necesitábamos de bien poco para ser felices. ¡Jamás padecemos de insomnio, ni de inapetencia, ni de aburrimiento!"*

Bien lo había vivido y escrito más de trescientos años atrás, Santo Toribio de Mogrovejo. En una carta al Rey (abril 1602) le describía el territorio de Yauyos que él, había recorrido: "tiénelos a su cargo un sacerdote que, por tener otra doctrina, no puede acudir allí si no es muy de tarde en tarde y a pié, por caminos que parecen suben a las nubes y bajan al profundo, de muchas losas, ciénagas y montañas." El P. José de Acosta, que le acompañó en varias visitas, afirmaba que los caminos "eran más bien para los gamos y las cabras que para los hombres". No eran menos explícitas las recomendaciones que mandaban los miembros del Consejo de Indias al Rey Felipe II señalando las cualidades que debía poseer el Obispo que viniera por estas tierras: "un Prelado de fácil cabalgar, no esquivo a la aventura misional, no menos misionero que gobernante, más jurista que teólogo, y de pulso firme para el timón de nave difícil, a quien no faltase el espíritu combativo en aquella tierra de águilas".

Entendí bien el lema que había escogido para su escudo episcopal: *“Per aspera ad astra”*, y que D. Ignacio glosaba así: *“es el lema del sello de la Prelatura, el “aspera” lo vivimos siempre y las “estrellas” las alcanzaremos algún día con la gracia de nuestro Padre Dios, mientras tanto, pasamos tan cerquita, que aunque no las alcanzamos, vivimos felices y no pesa la aspereza del camino y de nuestra vida entre estas pobres gentes”*.

El Américo Vespucci un barco trasatlántico de una compañía italiana, -bastante desvencijado en aquel entonces-, recorría el océano Atlántico, desde Génova a Valparaíso. El día 22 de enero de 1960, atracó en el puerto del Callao. Allí, en el muelle, estaba esperándonos D. Ignacio. Por fin le vi. Bajé la escalerita del barco y, emocionado, pude darle un abrazo. Y nueva sorpresa.

-¿Qué tal el cruce del “charco”? preguntó y sin esperar respuesta, nos dijo:

-¿Sólo tres?

Esperaba nueve o diez sacerdotes más, según me dijo más tarde. De inmediato preguntó, con mucho interés, si habíamos traído una maleta de cuero, de color verde botella, con un par de correas... Me sorprendió que insistiera tanto por una maleta. Traíamos muchas. “¿Será esta?”, le dije señalando una que estaba a mis pies y que me habían confiado muy en particular al salir del puerto de Barcelona. Al pasar la aduana, el funcionario preguntó qué tenía dentro. Le dijimos que una imagen del “Niño Jesús”. Mandó abrirla y se encontró con una despampanante escopeta de caza de dos cañones que estaba allí, agazapada, entre la ropa. “Pues vaya Niño Jesús que se traen”, dijo el aduanero sorprendido. Rápidamente contestó D. Ignacio: “Es que estos “curitas” míos se manejan un Niño Jesús un tanto belicoso”. Soltamos la risa. Con el aval de una estampita que nos solicitó el aduanero para su hijito, pasamos, sin contratiempo alguno, la maleta con la escopeta incluida. Empezaba a captar otros rasgos de sus tantas cualidades humanas.

A los tres días de mi llegada al Perú ya estaba en Yauyos. Habíamos salido de Lima a las 8 de la mañana y eran pasadas las 11 de la noche cuando el “ómnibus” paró frente del “palacio episcopal”. Me asomé por la ventanilla. Una calle estrechísima empedrada, una escuálida vereda a ambos lados y unos postes donde titilaba una lucecita mortecina que parecían velitas prendidas, más que focos de

luz. El silencio era total. Al día siguiente salí temprano de la casa. Un aire finísimo y frío venía desbocado por la calle. Me dolía el cuello de tanto mirar arriba. Me sentí un enano en medio de gigantes rodeado como estaba de cerros altísimos. Sólo dos calles principales tenía la ciudad. Una hilera de casitas de adobe y alguna de ladrillo apuntaladas entre si que, en aquella hora de la mañana con la neblina, parecían sombras fantasmagóricas. Al extremo de la “ciudad” estaba la Plaza de Armas. La “catedral” era una iglesita de planta rectangular, techo de calamina y, al lado, una torre con dos campanas. ¡Esa era la catedral del Prelado de las Provincias de Yauyos-Huarochirí! ¿Estoy, me preguntaba, verdaderamente en la ca-pi-tal de Yauyos? ¿Esa era la Sede del Prelado? Increíble. La casa donde vivía Monseñor Ignacio con dos sacerdotes más, era de una sola planta, techo de calamina que él había adecentado, pintándola, instalando la luz eléctrica y fabricando con sus propias manos alguno de los muebles.

Y así pasaron los días y los meses junto a D. Ignacio y yo feliz. La idea que yo tenía, un tanto peculiar, acerca de ciertos menesteres que podían desdecir de la “gravedad sacerdotal” por considerarlos prosaicos y serviles, se esfumaron al ver como el “señor Obispo” trabajaba en el jardín, o reparaba el motor de la luz o daba de comer a los caballos, limpiaba las cuadras y las jaulas de los conejos... El esquema “clerical trasnochado” que yo tenía, se derrumbó. D. Ignacio nos hablaba que una tal concepción “era falta de amor al sacerdocio y un desastre”. Nos daba ejemplo de “Trabajo” y trabajo bien hecho, sin “chapuzas”. La carpintería y corregir los desperfectos y deterioros que dejaban los obreros inexpertos o “empíricos”, era lo que le ocupaba el tiempo. Nos corregía diciendo: *“Las cosas se hacen bien, acabadas, con profesionalidad”* y añadía: *“Así como el deporte, a pesar de ser un trabajo fatigoso, lo hacemos con gusto y bien, así debemos hacer el trabajo: como un deporte”*. Vi, hecho vida, en aquel punto de Surco, un libro “...escrito con la atención de fomentar y facilitar la oración personal...” (D. Álvaro, Prólogo), lo que el Beato Josemaría expone sobre la santificación del trabajo: “Ante Dios, ninguna ocupación es por sí misma grande ni pequeña. Todo adquiere el valor del Amor con que se realiza” (Surco 487)

Otro matiz de su personalidad fue descubrir la entereza y el aguante que demostraba ante las contradicciones dolorosas o adversas. Me refiero a su firmeza y a su carácter fuerte ante situaciones difíciles. Eso también impactaba particularmente. Los

sinsabores y los malos ratos no le faltaron en vida, pero él sabía sobreponerse a ellos y, no sólo sobreponerse, sino que les quitaba todo matiz dramático y lo sazónaba con humor, como quien no le da importancia. Sabía disimular, con garbo, el más mínimo atisbo de sufrimiento o de dolor. Nunca se quejó ni nunca supe cuando sufría. Lo único que notaba era que, cuando arreciaba el dolor, apretaba los dientes fuertemente o soltaba, remedando la canción mexicana, un “ay, ay, ay, ay, canta y no llores” que nos hacía reír entre lágrimas.

Lo que comento, a continuación, podría llevar por título: “Ponchos, mulas y caballos”. Estos fueron protagonistas muy connotados en las mil y una aventuras por los Andes.

Para la visita a los pueblos, la buena gente nos facilitaba la caballería. No eran, ni mucho menos, caballos de paso fino, ni permitían ser guiados con dos cintas de seda. Eran, muchos de ellos, simples jamelgos, tirando más a matalones. Por ejemplo: supo de las artimañas de una mula aviesa, siempre en acecho que, con metódica y mala costumbre, sabía endilgar una retahíla de patadas que podía convertir al sujeto afectado en un mapamundi, como casi le sucede a D. Ignacio. Mientras cabalgaba, se rompió la cincha de la montura, y se deslizó suavemente con ella hasta la barriga del animal y quedó ubicado perfectamente entre las patas, a tiro seguro...quedó sentado en el suelo. Instintivamente se acurrucó hecho un ovillo...los herrajes le pasaron de refilón por encima de la cabeza... Evidentemente, los ángeles custodios como en tantas otras ocasiones, actuaron de maravilla.

Otro ejemplo. Si había que escoger la caballería para las visitas a los pueblos, teníamos que adelantarnos rápidamente porque, de lo contrario, él escogería para sí la peor. Lo sabíamos. Es que D. Ignacio tenía una perspicacia extraordinaria para escoger, como quien no le da importancia al asunto, el caballo o la mula más huraños, ariscos y montaraces que veía para que no la montaran ninguno de los que le acompañaban. Puro cariño de padre y hermano.

En una visita pastoral, otra mula, aviesa y malandrina, a los sonidos estentóreos de la banda de músicos que amenizaban su entrada en el pueblo, bajo un arco de flores, hizo un brinco y, como si fuera un resorte, lanzó a su excelencia reverendísima, sin respeto alguno, rodando por la pendiente. Su reacción fue divertidísima. Ante el estupor de la gente que se quedó paralizada por el suceso, y que le miraban, boquiabiertos, sentado en el suelo, les dijo: “¿Qué están

mirando así “asonados”? ¿No podrían ayudarme a buscar los anteojos?” Y eso que el golpe había sido imponente, muy episcopal. Un hecho más entre tantos. En una de las cacerías, un inexperto, sin malicia alguna de su parte, se le escapó un escopetazo con tal precisión que algunos perdigones se le incrustaron en la pierna; divertido, los mostraba a modo de trofeo, subrayando, con gracia, que sus “curitas”, -así nos llamaba de cariño-, lo que querían era no cazar perdices sino acabar con el Prelado.

¿Dónde residía su secreto? No resultaba difícil hallar la respuesta: Vivía con santa exigencia y garbo humano, la vocación al Opus Dei. Ahí estaba el alma, el móvil de su vida. Los dos aspectos, entre otros, que caracterizan el espíritu del Opus Dei: la “filiación” y la “fraternidad”, se fusionaban armoniosamente en D. Ignacio. Impacta y emociona lo que escribe acerca del fundador del Opus Dei y de sus sacerdotes. La carta viene de Roma, con fecha 12 de noviembre de 1963:

“Hijo mío, hay un dicho italiano que yo considero constantemente y me ayuda tanto a ser bueno y fiel: “La sangre del soldado hace grande al capitán” Hemos de querer entrañablemente por encima de los defectos tan humanos de todos, a estos hermanos nuestros más chicos, aquellos que por voluntad de Dios se nos han encomendado, su lucha diaria, su oración, su obediencia, su generosidad, su alegría; su espíritu de sacrificio es nuestra grandeza, nuestro mérito y el derecho más que esperanza-, a nuestra futura gloria ¡Cuánto os quiero, cuánto os deseo, qué hambres siento de seros útil!”

Lo advertí calcado en la vida de Mons. Ignacio. Su amor, su afecto y solicitud por el Padre, el fundador del Opus Dei, era tan patente, que emocionaba. No he visto a un hombre tan pendiente, tan sensible, tan afectuoso, tan lleno de ternura, acogida, disponibilidad, interés por todo lo que se refería al Padre y a la Obra. ¡Hablaban de él con tanto cariño que enamoraba y conmovía! Sus pensamientos, su oración, sus intereses, sus amores, estaban fijos en el Padre. Muchas veces, después de la cacería, bajando a pié por el caminito hacia la ciudad de Yauyos con la escopeta al hombro y unas cuantas perdices colgadas del cinturón, se explayaba detallándonos aspectos y sucesos conmovedores de la vida del Padre, de su fidelidad heroica, de sus sufrimientos de todo orden, de su preocupación y desvelo por sus hijas e hijos, en no querer otro querer más que cumplir la voluntad de Dios... Corto resultaba el trayecto hasta la casa.

Me contaron que, pocos días antes de morir, decía: “Cuando con mi papeleta en la mano haga cola para entrar en el cielo, como uno de tantos, se abrirá la puerta, asomará la figura del Padre y mirando la fila, dirá: ¡Ei!, aquel de la papeleta en la mano me encargo yo.”

En el prólogo del libro: *Yauyos, una aventura en los Andes*, Monseñor Ignacio explica, con toda sencillez y convicción, las razones del por qué se concedió la Prelatura de Yauyos Huarochirí. Vale la pena releerlo:

“El mejor camino, me parece, será meterme yo mismo en aquellos años, y recordar algunos aspectos más sobresalientes desde mi perspectiva y mi personal parecer... De entre todos, sin duda el más sobresaliente, absolutamente, va unido al origen mismo de la Prelatura de Yauyos. El que fuera el siervo de Dios Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer quien recibiera el deseo de la Santa Sede de encomendar al Opus Dei una Prelatura Nullius en el Perú, ya constituye, por sí, una circunstancia formidable e irrepitible.

El que nosotros, unos pocos entre millares, sin ningún título que nos recomendara, recibiésemos de un tan santo sacerdote y Fundador, la invitación para que comenzáramos aquella tarea de almas, fue asombroso y también irrepitible.

Estar seguros como lo estábamos, de que nos hacíamos acreedores de su inmenso cariño, de su preocupación paternal, de su oración, de sus consejos y desvelos, era entrar en posesión de un verdadero tesoro. ¡De cuántas maneras nos lo hizo sentir a lo largo de aquellos años! Sus cartas frecuentes, siempre con aquel encabezamiento: “Que Jesús me guarde a esos queridísimos hijos de Yauyos” iban desgranando consejos, advertencias, ilusiones, cariño, preocupación hasta por las cosas más pequeñas de la salud, de nuestro descanso, de nuestras comidas... Y con qué particular interés dirigía su atención hacia nuestra vida espiritual, al cumplimiento fiel de nuestro plan de vida sobrenatural. De ellas, tomábamos, prestada, la fortaleza llena de alegría y de paz con que transitábamos aquellos caminos que Dios quiso poner ante nosotros para que, por cerros y quebradas, su Palabra llegara a tantas almas, tan buenas como pobres y abandonadas.

Si “amor con amor se paga”, me temo que nunca sabríamos manifestarle el nuestro debidamente. Pero aquella Virgen “cholata” que mandó hacer para nosotros -siguiendo paso a paso los progresos del artífice-, con tez morena y apretadas trenzas, que nos envió ilusionado bajo la advocación de “Nuestra Señora del Amor Hermoso”, le contará, mejor que nosotros mismos, del amor y de la gratitud de aquellos sus hijos de Yauyos.

De las otras cosas, me gustaría recordar la profunda unidad y el ambiente de familia que fueron siempre y en todo momento nuestra más grata e inmediata compañía: "Cor unum et anima una! Ese fue nuestro vivir, a pesar de nuestras miserias o, quizá, por ellas..."

Si se me pidiera resaltar otras facetas de su personalidad, mantendría como seguras las siguientes: recio sin tirantez; audaz sin temeridad; fuerte en las acciones y decisiones; sereno, sin extravagancias; un saber pasar por alto las mil y una nimiedades de los que le acompañábamos; claridad asombrosa en los criterios a tener y los proyectos a realizar; simpatía desbordante; exquisita sociabilidad investida de amabilidad, deferente y atenta, forjada al calor de una amistad y familiaridad sin tacha; la gracia en el decir; el modismo de la tierra en su cabal expresividad gráfica, precisa y oportuna; la charla entretenida, animada con mil y una anécdotas a cual más divertida... y, en fin, un humor fuera de lo común. Poseía un perfil de hombre maduro entrañablemente humano.

El fundador del Opus Dei, en *Surco*, libro ya citado, señala las características de una mentalidad católica, universal. Encajan perfectamente con la mentalidad y profunda visión que tenía Monseñor Ignacio, obispo, acerca de los problemas de la Iglesia y de la Sociedad:

- amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanente vivo de la ortodoxia católica;
- afán recto y sano, nunca frivolidad de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...
- una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneo;
- y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual, de las estructuras sociales y de las formas de vida" (*Surco* 428)

Que se complementa con esas otras cualidades, también destacadas en *Surco*:

"Serenos y equilibrados de carácter, inflexible voluntad, fe profunda y piedad ardiente: características imprescindibles de un hijo de Dios" (*Surco* 417)

En cuanto al cariño... no tengo palabras para expresar lo mucho que nos quería. Son manifestaciones y expresiones que se quedan guardadas en el fondo del corazón como un tesoro y que, al revivirlas, uno no sabe expresarlas bien en toda su dimensión humana y sobrenatural -“borriquillo fiel que en su trotecillo sonaban en el cielo mil campanillitas de plata y cristal”-, la andadura alegre que brotaba de un corazón apasionado por ser útil a los demás, y manifestación, con honda galanura, de la belleza de la Obra de Dios.

Esta fotografía suya, que nos preside en este acto, refleja, en cierta medida, ese hondo sentir que palpitaba en su corazón, esta mirada límpida y afectuosísima con que te miraba, esa sonrisa cordial con que te recibía... en fin: no tengo palabras. Sólo queda contemplar y recordar, con emoción, el afecto y cordialidad con que te amaba. A través de él, se vislumbraba la dulzura y la ternura de Dios Padre hacia uno.

Emociona leer sus cartas. En una nos transmitía las siguientes palabras del Fundador del Opus Dei que D. Ignacio revivía con fruición. Decía: *“¡Os quiero con particular cariño! Y ahora comprendo muy bien eso que el Padre suele decir cuando constantemente a uno o a otro dice: “A todos os quiero cuanto se puede querer no es posible más, y a cada uno os quiero, en particular, de un modo especial y más que a los demás”. ¡A cada uno más que a los demás! ¿No es importante y conmovedor?.*

Y Don Ignacio, con tal de ver a sus “curitas” contentos, alegres y comprendidos, le estimulaba a realizar cualquier cosa buena con tal que la pasáramos bien. Si nos notaba cansados, fatigados, empezaba a contarnos anécdotas de lo más divertidas de sus andanzas de médico cirujano por Sevilla o de sus cacerías por los sotos y sembríos... y nosotros, felices y embobados, olvidando penas y riendo divertidos. *“...que os divertáis -nos escribía- que os riáis mucho que es santa medicina, que queráis con toda el alma y con todo el corazón a la Santísima Virgen...”* e insistía: *“Hacer reír, violentar a la gente a que ría, entre risas no hay jamás delitos. Cuando reímos ríen en el Cielo”.*

Una anécdota que refleja en algo lo dicho: Una familia limeña, a quien D. Ignacio apreciaba mucho, le solicitó un lechón para las fiestas de Navidad. Se compró el lechón. Recordando sus tiempos de médico cirujano, se puso una bata y un gorro, colocó al animalito sobre la mesa y comenzó la delicada operación “quirúrgica”

de abrirlo en canal y rellenarlo. Tenía a dos novatos como ayudantes. En medio de un silencio y secándole de cuando en cuando el sudor de la frente, en cada programada intervención, extendía la mano pidiendo: ¡anestesia!, y nosotros, imperturbables, le dábamos una sacudida en la cabeza del pobre animal ya muerto; ¡bisturi! y los dos, con toda parsimonia, le alcanzábamos un cuchillo de cocina descomunal; ¡gasal, y le poníamos en la mano un trapito de un blanco immaculado; ¡pinzas!, y le caía en la mano unas tijerazas de cortar césped; ¡hilo de suturar!, y le ofrecíamos una aguja enhebrada enorme que servía para coser costales de yute. La operación duró dos horas y fue todo un éxito. El lechoncito daba gusto verle. ¡hasta lucía una ramita de perejil en su morro que era un primor!

¡Cómo sabía divertir a los demás! No es de extrañar que tuviera una exquisita debilidad y admiración por los payasos de circo. En una carta desde Cañete, con fecha 17 de Septiembre de 1966, le contaba a su hermana:

"...considera un día imperfecto el que no hayas sabido llenar de sonrisas y carcajadas a tu alrededor. Y te irá rebién, estarás tu siempre con la sonrisa en el corazón. ¡Cómo que tendrás un circo en él, hecho de angelotes: unos en el trapecio, los ángeles esforzados; otros en las jaulas de los leones, los valientes; otros pintarrajeados, llevando, poniendo y quitando alfombras y escaleras dándose de cachetadas, son los ángeles divertidos, los de los niños y de los humildes, los ángeles de la gracia, de la buena compañía! Y aprenderán de todos aquellos, a imitarles... ¡Serás tu también del circo!"

De sus sacerdotes sólo hablaba bondades. Lo que no se atrevía a decirnos a la cara, lo manifestaba, sin timidez alguna, en las cartas porque, decía, el papel aguanta todo. A su hermana le comunicaba todo, sin ambages; a nosotros nunca, debido a este gran don que tenía de ser discreto. Estando con nosotros, sólo pregonaba las cualidades en base a resaltar los contrastes y, así, entre broma y broma, lograba acentuar las bondades. ¡Nunca una crítica irónica o hiriente salió de sus labios! Ahora, uno se emociona al leer lo que comentaba de nosotros. Es para sonrojarse. El cariño, bien lo saben los padres de familia, pasa por alto todos los defectos de los hijos y destaca todas las cualidades... supuestas también, porque el amor usa cristales de aumento cuando se trata de resaltar virtudes y cualidades. Esto es lo que hacía D. Ignacio.

Escribía: *“Mis curitas... cosa aparte. ¡Qué tíos más formidables, cómo se ríen de la fatiga, del sueño, del hambre, de las dificultades..., Parecen tontos, o lo parecían desde fuera; o locos, y no son ni una cosa ni otra..., sólo santos. Generoso que es Dios. Ha puesto 24 columnas de bronce para sostenerme a mí que soy un pobrete. Y encima se me ve grande y respetable. Porque es así, porque la Prelatura tiene aquí y allí un inmenso prestigio de cosa bien hecha. Y de rechazo, el Prelado halagado por todos... Algo de felicidad me da entrever qué corona se están ganando en el cielo y que allí estaré yo frotándoles las botas y sujetándoles el estribo de sus caballos de plata: restituyendo”* (Carta 17 septiembre 1966).

Uno, que no es insensible a los requiebros afectuosos del corazón, no puede menos que emocionarse al leer estas palabras.

Una cita más entre tantas. El 1 de Octubre de 1965 nos escribía desde Roma:

“¡Y no sabéis cuánto pesa sobre mi pobretonería la incapacidad de restituir debidamente! ...cometería una grave injusticia a la Obra que me enseñó a quereros, que me mete a cada instante la preocupación por vosotros, que con su espíritu a pesar de las mil miserias mías y vuestras consigue el milagro de que, Obispo y curitas, seamos capaces de hacer a diario un milagro gordo: el de nuestra bendita, realísima y verdadera fraternidad; el que nos queramos con toda el alma; el que estemos unidos con todos, con nuestro Padre y entre nosotros, que sólo en el Opus Dei se puede estar. ¡Bendita unidad desconocida casi universalmente!...Y rezad por mí, caramba, que amor con amor se paga ¡Y yo os quiero y aunque no sea tanto como el Padre quisiera y él os quiere, en esto no tengo remordimientos.”

Junto a él, se pasaban días felicísimos siempre y en especial en las tertulias de familia, en los retiros mensuales y en tantas otras ocasiones. ¡Qué detalles de cariño se vivían! ¡Qué ilusión por hacer la vida agradable a los demás! Un día, aquí en Chiclayo, me confió una añoranza que tenía de tiempo muy metida en el corazón: “¿Verdad -me dijo- que volveríamos, los mismos, a Yauyos?”

Su cariño y preocupación por nosotros era tal que, ante hechos peligrosos o dramáticos, no se perdonaba ningún esfuerzo ni ninguna palabra para salir en defensa de sus sacerdotes. Arremetía, con hechos y palabras, -como la gallina defiende a sus polluelos ante el acoso de alguna alimaña-, si oía hablar mal de la actitud o parecer de alguno de sus sacerdotes. Les decía, a la gente, gritando: “El que se atreva a poner un dedo encima de uno de mis sacerdotes, ¡pierde el dedo!; y si le pone la mano, ¡pierde la mano!” En los luctuosos sucesos que ocurrieron en el Pueblo de Quinches, al enterarse D. Ignacio, salió tempranísimo de Yauyos para llegar lo más antes posible a Huampará y de allí, a pie, llegar, en la tarde a Quinches. Estaba muy preocupado por saber si algo grave le había ocurrido a alguno de sus sacerdotes. Entendí con más claridad, toda la hondura de su preocupación, ansiedad, congoja, turbación y temor cariñosos que reflejaba, en aquel momento, ante la posibilidad de algún suceso fatal. Y así otros tantos mil sucesos que hablan de su cariño y dedicación a sus curitas.

En el oratorio del Obispado de Cañete hay un sagrario precioso. Pero lo que es más precioso aún, -aparte de la presencia sacramental de Jesucristo en la Hostia Santa-, es que, dentro del mismo, en el centro de la bovedita que lo remata, tiene incrustado el escudo de Mons. Ignacio María de Orbegozo, labrado en rico esmalte y el lema: “Per aspera ad astra”. Pocos conocían este entrañable y exquisito detalle. Pienso que D. Ignacio quiso tenernos a todos junto a él, allí, con el Señor, día y noche, apretados por el cariño que nos tenía y, así, en un abrazo eterno del que ahora ya disfruta, ofrecernos como hostias vivas para que el Señor nos tuviera siempre en su Corazón, nos guardara y nos enseñara a amar como Monseñor Ignacio, amaba.

Muchas Gracias